MI AMIGO, LAS ISLAS, EL CAPITÁN Y LA MUERTE

Autor: DIEGO ANGELINO

-¿Usted ya tiene enamorada?

La pregunta me desconcertó. Creo que eran las primeras palabras que nos cruzábamos con Biondi en mi primer día en la pensión “Casa de Familia”. La pregunta no podía dejar de sorprender, formulada por un desconocido que permanecía tirado sobre la cama, las manos bajo la cabeza, la mirada que parecía atravesar el cielo raso hacia algún punto incompartible. Pero más que la pregunta, lo que realmente sorprendía era esa palabra “enamorada” que no usamos como sinónimo de novia. Tiempo después, reconstruyendo el pasado de Biondi con lo poco que él entregaba de su vida, supe que su padre había sido de la Prefectura, y que habían vivido un par de años en Paso de los Libres. Por ese entonces, las radios brasileras estremecían a millones con la novela “Namorada do Amor”.

Me costó hacerle entender que yo todavía no tenía “enamorada”, y que el día que la tuviera iba a tener una novia. Cuando lo traté más, cuando fui conociéndolo, comprendí que enamorada o namorada eran las únicas palabras que correspondían a su vida: Biondi no tenía novia sino una enamorada. Que él no se lo hubiera dicho carecía de importancia. Como asimismo el hecho de que ella lo supiera y simulara no saberlo; ella, su hermana y aún su cuñado el Capitán, copartícipes los tres de una extraña trama tejida de burlas, de comedia social, y sobre todo –por lo pequeñas- de dolorosas miserias.

Si fue difícil hacerle entender que no tenía enamorada, mucho más difícil fue convencerlo de que nos teníamos que tutear, ya que íbamos a compartir un cuarto y una mesa. Tal vez le costaba precisamente porque casi me doblaba en edad, y como era respetuoso, o ceremonioso, prefería igualarse conmigo tratándome de usted en vez de tutearme: de señor a señor. Lo cierto es que yo tenía dieciocho años y él más de treinta. “La edad de Cristo”, diría después en una confidencia que, más que recurrir al lugar común, parecía alertar que a su vida se le acercaba alguna forma de crucifixión.

Con el tiempo fuimos haciéndonos amigos, aún cuando no era fácil ser amigo de Biondi. El hombre era extremadamente introvertido, y sólo lo veía alegrarse y explayarse cuando hablaba con Klaus de ese pueblo de la infancia que habían compartido. Y por supuesto, cuando se refería a esa muchacha; o a “ella”, como la llamaba, como si el mundo tuviera la obligación de conocerla.

Por lo demás, por más complicado que él fuese, era casi un niño si se lo comparaba con el resto de los pobladores de la “Casa de Familia”, donde lo más granado eran policías prontuariados que aguardaban la exoneración, un periodista de policiales que al decir de la dueña de la pensión “no andaba en nada santo”, un andaluz proxeneta abandonado por sus mujeres, y varios estudiantes consuetudinarios que no eran mala gente, pero demasiado ocupados en timbas y farrucas como para relacionarse con dos pelagatos de la Gobernación.

Pasaría un tiempo hasta que Biondi me invitara a conocer su oficina. Oscuramente percibí que se trataba de una excepcionalidad, y que lo había pensado largamente antes de concederme ese honor. Para mí no era muy fácil aceptar, ya que cumplíamos los mismos horarios, y yo era un recién venido en la Administración como para permitirme libertades. Recién después de seis meses, cuando tuve derecho a enfermarme y gracias a una anemia fulminante, pude tomarme un día para cumplir con la visita.

Había que atravesar el largo Ministerio de Agricultura y Ganadería, después la Secretaría de Tierras y Colonias, más allá la Dirección de Caza y Pesca, para llegar, por fin, a la Delegación del Distrito Islas, adonde señoreaba mi amigo Biondi.

Señorear es una manera de decir. Y una palabra sumamente fuerte: para señorear, para ser un Señor, hay que tener vasallos, y Biondi estaba absolutamente solo en esa achatada oficina al final del largo corredor, salvo que se consideraran esas anónimas vidas isleñas; seres indocumentados y no empadronados y que por lo tanto no tenían poder de voto, y si lo hubieran tenido no habría habido escuelas para hacer los comicios, y si las hubiera habido no habrían existido los fiscales, ni los presidentes de mesa, ni las listas, ni los votantes. Biondi, podría decirse, señoreaba sobre la nada.

Por otra parte, si la palabra Delegación ya era ambigua o incierta (¿le delegaban a él, él era delegado, qué poderes le estaban delegando y con qué grado de autoridad?), lo de Distrito era todavía más vago o aún peyorativo: con esa síntesis geográfica se aludía de una vez a cientos de islas, a miles de islotes dibujados y desdibujados por infinitos meandros de ríos y arroyos imposibles de catastrar, porque hoy estaban y mañana no, en una eterna sucesión de cambios y alteraciones entre ambas márgenes